

# **La política económica de la administración de Obama: ¿kenynesiana?**

**Wesley C. Marshall\***

## **Introducción**

El ciclo económico suele tener una contraparte clara en el conocimiento popular de la economía. En tiempos de estabilidad económica, el interés en cuestiones del funcionamiento de la economía en general se desplaza por un interés más estrecho para aumentar la acumulación personal de muchos sectores de la población. En cambio, los momentos de crisis necesariamente llevan a una mayor reflexión crítica entre estos mismos sectores. Los resultados de tal reflexión, formados entre gobiernos, medios de comunicación, centros de educación y la población en general, pueden ser determinantes en el rumbo que siguen las políticas públicas, y por lo tanto, pueden condicionar de forma muy relevante el desenlace de una crisis o una prolongada recesión.

A diez años de los sucesos del 11 de septiembre en los Estados Unidos (EU), y a cuatro años del primer “paro cardíaco” del sistema financiero estadounidense, el miedo infundado sobre el terrorismo ha sido rebasado por el miedo muy bien fundado del futuro económico de millones de familias estadounidenses, convirtiendo el manejo de la economía en el tema de mayor relevancia para la mayoría del electorado. Sin embargo, el largo período de calma económica en los EU también ha atestiguado la virtual eliminación de la economía heterodoxa en la academia, gobierno y conciencia popular. De tal forma, frente a una crisis sin precedentes, el país se encuentra sin un número suficiente de ciudadanos y economistas con las herramientas necesarias para idear políticas eficaces para la resolución de la crisis. Pero de forma mucho más preocupante, el país no cuenta ni siquiera con las bases necesarias para llevar a cabo una discusión seria sobre las causas de la crisis. En esencia, el debate político se ha reducido al papel de los gastos públicos, confrontando dos posiciones básicas: el mal conocido y el mal desconocido. El mal conocido está conformado por el excesivo gasto público de los últimos años que no ha sido capaz de regresar a la economía estadounidense al crecimiento acostumbrado. El mal desconocido

\*Profesor – Investigador del Departamento de Economía en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

está conformado por las propuestas de austeridad, que se fundamentan en la suposición de que la intromisión del gobierno ha bloqueado cualquier tipo de recuperación económica.

Si bien la austeridad es el mal desconocido en los EU, es un mal muy bien conocido en otras latitudes, particularmente en América Latina. Además, en ámbitos académicos la política económica de la austeridad ha sido ampliamente analizada y criticada, tanto por Keynes en su momento como por varios economistas en años recientes. Por lo tanto, este capítulo no busca profundizar sobre las consecuencias de la austeridad; más bien, su objetivo es desmentir los supuestos fundamentos keynesianos del excesivo y nocivo gasto público de los últimos años en los EU, el cual para muchos estadounidenses ha desacreditado el gasto público deficitario.

## **1. El gasto público deficitario y Keynes**

En la lucha contra el terrorismo, el lema de la administración de George W. Bush fue que “o estás con nosotros o contra nosotros”. En el debate económico actual, se encuentra otra falsa dicotomía: que todo gasto público deficitario es keynesiano. Por una parte, la simplificación de la teoría keynesiana se debe al escaso conocimiento de las ideas de Keynes, las cuales revolucionaron la teoría económica. El análisis de la economía siempre giraba en torno a la cuestión central de cómo distribuir recursos escasos. Keynes fue el primer economista en comprobar de forma contundente que el dinero no es escaso. Este descubrimiento efectivamente libró a todo gobierno de la noción de que sus gastos fueran limitados a lo que tenía ahorrado. Keynes mostró que un gobierno puede crear dinero y gastarlo sin provocar una devaluación de la moneda, inflación o cualquier síntoma de desorden económico que hubiera sido previsto por la teoría clásica.

Mostrar al mundo que no hay escasez de dinero fue el avance teórico más importante de Keynes. Sin embargo, no conforma la esencia de su pensamiento. La política económica de Keynes descansa sobre la búsqueda de un sistema social que es eficiente económica y moralmente (Skidelsky, 2003). El gasto que no depende del ahorro *ex ante* es un elemento necesario para acercarse a tal meta, pero no el único. El gasto público deficitario es una herramienta sumamente poderosa, pero lo que determina su acercamiento al espíritu de Keynes no es *si* se usa, sino *cómo* se usa. No todo gasto público deficitario es keynesiano.

Sin embargo, este punto se ha perdido a la vista de muchos economistas, tanto de los que atacan como de los que abrazan a las ideas de Keynes. Desde la revolución keynesiana, muchos políticos y economistas han adelantado ciertos aspectos del pensamiento keynesiano. Pero aplicar herramientas keynesianas sin adoptar la meta de una economía de pleno empleo produce políticas económicas contradictorias y devalúa el pensamiento keynesiano, en el cual supuestamente se basaban esas políticas. Por otra parte, en el ámbito académico, también ha habido una relativamente larga tradición de distorsionar los fundamentos principales de Keynes. Por diversos motivos, este keynesianismo bastardo ha tenido efectos sumamente negativos, tanto al legado de Keynes y su posición teórica y moral, como a las economías nacionales que han adoptado políticas económicas con fundamentos contradictorios.

Tal vez el ejemplo más claro de una política económica equivocadamente asociada con el keynesianismo es el rescate bancario en los EU. Desde el *New Deal* de los años treinta, la política económica de Keynes es tradicionalmente asociada con el partido Demócrata en los EU. Sin embargo, como la muestra más clara de que todos pueden invocar el espíritu de Keynes, en 1971 el presidente Nixon declaró que “ahora todos somos keynesianos” al aplicar controles de precios. En los EU, las asociaciones partidistas con el keynesianismo siguen siendo relevantes, particularmente por sus momentos de aparente inconsistencia ideológica. En los primeros momentos del rescate bancario público en 2008, en los últimos momentos de la administración Republicana, pocos hablaron de un rescate keynesiano. Sin embargo, la continuación y ampliación de estos programas bajo la administración demócrata de Barack Obama sí han sido considerados keynesianos por muchos.

Además de esta asociación partidista anacrónica, también existe una confusión entre grandes sectores de la población norteamericana en cuanto al tamaño y composición de los gastos públicos deficitarios en los últimos años. En ambos aspectos, hay diferencias muy importantes entre el rescate bancario y el paquete de estímulo económico de 2009 de la administración de Obama de 787 mil millones de dólares. El rescate bancario, que puede ser adecuadamente definido como un apoyo irrestricto a los intereses financieros casi exento de ideología económica (Serfati, 2011), ha sido calculado en 23.7 billones de dólares (Bloomberg, 2009). De tal forma, el mencionado paquete que está conformado en

gran parte por financiamiento productivo, y por lo tanto, puede acercarse a los ideales de Keynes (Fullwiler y Wray, 2010), representa una parte ínfima del gasto público en respuesta a la crisis.

Los economistas que más fielmente han seguido el espíritu del pensamiento keynesiano han enfatizado esta diferencia crucial. Alain Parguez, por ejemplo, ha insistido en varios artículos en la diferencia entre un buen y un mal déficit: los que llevan un multiplicador económico y los que llevan un multiplicador negativo, los que son un regalo a generaciones futuras y los que son un regalo a los rentistas financieros (Parguez, 2010). El acercamiento de Parguez es solamente una perspectiva, pero lo que debe ser claro para todos es que no todo gasto público deficitario es moral o económicamente prudente. Ningún ejemplo de la historia económica reciente resalta la inconsistencia de un gasto público deficitario con el espíritu de Keynes más que el catastrófico rescate financiero estadounidense.

## **2. El histórico “error” del equipo de Obama**

La elección de Obama en 2008 pareció marcar un parteaguas en la política de los EU. Después de que en los ocho años de George W. Bush el público estadounidense atestiguó el fracaso de dos guerras petroleras de muy dudosa justificación y la primera ronda de la más aguda crisis financiera en los EU desde la Gran Depresión, el público estadounidense claramente votó por un cambio de timón, y al ganar la elección, esperaba tal resultado. Sin embargo, hasta este momento la administración ha sido de continuidad y no de ruptura. Hasta se podría decir que nunca en la historia reciente del país ha habido una discrepancia mayor entre el discurso presidencial y sus acciones.

En materia financiera, el nombramiento de Lawrence Summers como uno de los consejeros más importantes prendió el primer foco rojo para economistas que conocían su trayectoria en la creación y ejecución de políticas públicas. Pero el hecho de que uno de los principales arquitectos del rescate bancario fallido en México, en la segunda mitad de los noventas, ya estaba en posición de tomar las decisiones sustanciales sobre el rescate

La primera gran decisión que enfrentaba a la administración fue nacionalizar o no algunos de los mayores bancos del sistema, como Citigroup y Bank of America.

Economistas del *mainstream* como Nuriel Roubini y hasta Martin Wolf apoyaron la nacionalización bancaria como estrategia de resolución de crisis, aunque la gran mayoría de analistas criticaron tal postura por radical. Sin embargo, desde la perspectiva de estos dos bancos y sus pares, había otra estrategia hasta más radical: no hacer nada. Como decía James Galbraith, cuando un banco es insolvente, hay mecanismos bien establecidos para liquidar los activos del banco. De hecho, algunas de las mayores bancarrotas bancarias sí pasaron durante 2008, incluyendo a Indymac y Washington Mutual, sin mayores repercusiones en el mercado. Sin embargo, otra bancarrota del mismo año, la de Lehman Brothers, desencadenó la primera ronda de la gran crisis, así destacando los peligros de no rescatar a un banco de importancia sistémica.

Al entrar la administración de Obama, la crisis bancaria ya estaba consumada. El fraude masivo perpetrado por todo Wall Street (Black, 2010; Lewis, 2010) durante la inflación de la burbuja inmobiliaria dejó a la administración entrante sin buenas opciones: o se podía dejar que un sistema moral y económicamente podrido se cayera, llevando a una crisis profunda, o se podía sostener el mismo sistema y sufrir largos años de crisis bajo la sombra de un colapso total. Una vez desatada una crisis bancaria liderada por los bancos, el daño está hecho. Una administración necesariamente tendrá que repartir pérdidas, una de las tareas más complicadas para cualquier gobierno.

En los primeros tres años, la administración de Obama ha cargado la gran mayoría de las pérdidas a la sociedad en general y no ha buscado sanciones criminales contra los delincuentes financieros, al mismo tiempo que no ha permitido que las fuerzas del mercado quiebren a los mayores bancos del sistema. Bajo los criterios de Keynes, se escogió la resolución menos moral y económicamente eficiente. Se optó por un tipo de gasto público con un multiplicador fuertemente negativo (Parguez, 2011). Por más que se invierte en los bancos, menos se generan empleos y producción. Al premiar al fraude financiero, se aumentan las prácticas bancarias turbias y se pierde cada vez más la confianza necesaria para el funcionamiento de la economía moderna. Al traicionar a sus bases de apoyo de la izquierda, se abre el camino para la derecha.

Tal situación no es históricamente novedosa. Como escribe Marx:

El Gobierno provisional podía obligar al Banco a declararse en quiebra, sin ninguna ingerencia violenta, por vía legal; para ello no tenía más que mantenerse a la expectativa, abandonando al Banco a su suerte. La quiebra del Banco hubiera sido el diluvio que barriese en un abrir y cerrar de ojos del suelo de Francia a la aristocracia financiera, la más poderosa y más peligrosa enemiga de la República, el pedestal de oro de la monarquía de Julio. Y una vez en quiebra el Banco, la propia burguesía tendría necesariamente que ver como último intento desesperado de salvación el que el Gobierno crease un Banco nacional y sometiese el crédito nacional al control de la nación. Pero lo que hizo el Gobierno provisional fue, por el contrario, dar curso forzoso a los billetes de Banco. Y aún hizo más. Convirtió todos los Bancos provinciales en sucursales del Banco de Francia, permitiéndole así lanzar su red por toda Francia. Más tarde, le hipotecó los bosques del Estado como garantía de un empréstito que contrajo con él. De este modo, la revolución de Febrero reforzó y amplió directamente la bancocracia que venía a derribar. Entretanto, el Gobierno provisional se encontraba bajo la pesadilla de un déficit cada vez mayor. En vano mendigaba sacrificios patrióticos. Sólo los obreros le echaron una limosna. Había que recurrir a un remedio heroico: establecer un nuevo impuesto. ¿Pero a quién gravar con él? ¿A los lobos de la Bolsa, a los reyes de la Banca, a los acreedores del Estado, a los rentistas, a los industriales? No era por este camino por el que la República se iba a captar la voluntad de la burguesía. Eso hubiera sido poner en peligro con una mano el crédito del Estado y el crédito comercial, mientras con la otra se le procuraba rescatar a fuerza de grandes sacrificios y humillaciones. Pero alguien tenía que pagar. ¿Y quién fue sacrificado al crédito burgués? Jaques el buen hombre, el campesino. (Marx, 1850)<sup>1</sup>

Como se mencionó antes, la opción más radical que Obama hubiera tomado fue no hacer nada. Pero en términos políticos, no hubiera sido una medida radical por el sencillo hecho que hubiera sido una acción pasiva. Pero tal vez lo más irónico no es solamente que

---

<sup>1</sup> Esta cita fue presentada por Leadbetter (2009).

la administración de Obama no tenía que hacer nada para lograr su prometido cambio, sino que la sociedad en general estaba en una posición óptima para cambiar el rumbo de la política económica del país. Cuando el primer rescate bancario oficial fue rechazado en el Congreso, provocando una de las caídas más drásticas en la historia de Wall Street, fue en gran parte una reflexión de la aceptación generalizada de la fantasía de que el capitalismo estadounidense es de libre mercado. Obama sencillamente tenía que decir que también creía en el libre mercado, y que no iba a haber rescate para nadie. Sí hubiera habido una drástica caída económica, pero a la vez se hubiera purgado a los bancos que crearon la crisis y hubiera sido claro que la crisis era de la administración anterior. Además, la administración tiene cuatro años. Después de una caída dura, todavía hubiera habido tiempo para cambiar a una postura más activa cuando la población hubiera sido más receptiva. Para ese momento ya se podría haber dicho que el libre mercado no está funcionando y que el gobierno va a tener que ofrecer empleos de forma directa, utilizando el gasto deficitario y toda la potencia económica del Estado.

Hablar de “lo que hubiera sido” no siempre es un ejercicio de alto valor académico; sin embargo, en este caso es importante ofrecer un contraste a lo que ha pasado durante la administración de Obama. Rescatar a los bancos resultó ser un absolutamente desastroso cálculo político y económico (obviamente bajo la suposición de que los objetivos subyacentes de la administración no fueron la desacreditación del gobierno, el empobrecimiento de la población y la coronación de los bancos privados como la única fuente de dinero para la población). Tal decisión se basó en la idea de que al dedicar enormes cantidades a los bancos que causaron la crisis, estos cambiarían sus formas de operar y convertirían los fondos de rescate en créditos productivos. Los resultados fueron otros: los bancos han redoblado sus prácticas fraudulentas hacia su clientela y han saqueado a sus propias instituciones con el dinero público del rescate. Que el rescate de la banca estadounidense hubiera fracasado de la misma forma que fracasó el rescate de la banca mexicana fue predecible (Marshall, 2009), pero los resultados del rescate estadounidense todavía asombran.

De forma repentina, la relación de poder entre los bancos y la población entera (supuestamente representada en el gobierno) cambió de forma radical. La posición de usar el gasto público de forma irrestricta para rescatar a los bancos se convirtió en una posición

de restringir al máximo el gasto público. El mensaje debe ser claro: se puede usar el gasto deficitario para los rentistas financieros, pero para todos los demás no. Sin embargo, varios hechos ofuscan tal conclusión. Al dar continuidad al rescate de Bush, Obama se apropió del rescate y empoderó a los sectores de derecha que suelen promover la idea del libre mercado. Los mismos bancos que se empeñaron tanto en convencer a la sociedad de que ellos pueden autorregularse y de que la organización óptima para una economía descansa en un mercado libre, muy irónicamente comprobaron los peligros del gasto público. Pero sobre todo, capitalizaron el error de la administración de Obama: cualquier intento en el futuro para regular a los bancos representaría una iniciativa activa, y dada la incapacidad del gobierno de gastar de forma prudente, otra vez comprobada por el mismo rescate, cualquier acción del gobierno por regular a los bancos sería una política activamente “anti-americano”, como dijo el jefe de JPMorgan Chase, Jaimie Diamond (Financial Times, 2011a).

El rescate de bancos fraudulentos produce el mayor multiplicador negativo posible. Pero otra vez, en el contexto de la falsa dicotomía mencionada, todo gasto público deficitario es igual. Entonces, el hecho de que el rescate bancario no ha saneado el sistema financiero, no lo ha estabilizado y no ha reactivado el crédito y el empleo es la prueba máxima de la imprudencia del gasto público. Pero muchas veces perdido en el debate sobre el gasto deficitario está el tamaño de los varios programas. Como se mencionó, el rescate bancario ha sido por mucho el mayor gasto deficitario en números absolutos. Sin embargo, el equipo económico de Obama ha mantenido que el rescate bancario va a producir un beneficio neto en las finanzas públicas (Fiscal Times, 2011). De tal forma, aunque el rescate bancario ha sido el único elemento del gasto deficitario verdaderamente regresivo, se elimina del discurso político, y el enfoque cae sobre otros elementos del gasto deficitario de Obama, como la reestructuración de General Motors, inversiones en sectores energéticos verdes y gastos en infraestructura.

Desgraciadamente, la forma de gasto en estas actividades ha estado por lejos del óptimo. Mientras las mayores ventas nacionales de General Motors han sido el resultado de aumentos del inventario y no de una mayor demanda sostenida de sus vehículos en los EU, el apoyo dado a la empresa de energía solar Solyndra, ahora en bancarrota, parece ser plagado por errores y hasta por fraude (New York Times, 2011). Lo lamentable del mal



manejo de los proyectos mencionados es que iniciativas dirigidas hacia la producción y fortalecimiento de tecnologías más ecológicamente correctas, pueden ser partes importantes de una salida de la crisis. Sin embargo, no habrá ningún tipo de recuperación sostenida mientras la estructura del sistema bancario de los EU no cambie de forma sustancial, y aun si las inversiones productivas hubieran sido lo más proliferas posibles, su éxito siempre hubiera sido dudoso en la coyuntura actual de la economía estadounidense.

Pero el hecho claro es que la economía será un factor decisivo en las próximas elecciones, y que un número creciente de votantes reprueban a la administración de Obama en materia económica. Pero más preocupante es que las acciones de la administración de Obama han desacreditado al gasto público deficitario, al espíritu del pensamiento de Keynes y a los proyectos de futuras obras públicas. Es decir, la administración de Obama ha aplanado a la perfección el camino hacia la derecha política, la austeridad económica y todas sus consecuencias.

Se atribuye a Napoleón la idea de que no hay que interferir con el enemigo mientras está en el proceso de autodestrucción. Como señala la cita de Marx, Obama no siguió este consejo, pero irónicamente, los bancos tampoco lo siguieron. Durante el último año, los bancos han estado muy activos promoviendo regímenes de austeridad, siempre bajo la analogía con el individuo: si una persona está endeudada, tiene que gastar menos para poder reducir su deuda. Pero tal premisa ignora el hecho de que las deudas públicas no se crean para ser pagadas, sino para ser un apoyo permanente a la renta financiera (Correa y Girón, 2011), y que el gobierno no es análogo a una persona debido a su poder de crear dinero y recaudar impuestos. Sobre todo, se ignora el hecho de que el rápido aumento de la deuda pública es resultado de una crisis causada por los bancos.

Los bancos han difundido su ideología de austeridad, principalmente a través de los partidos políticos y los tradicionales medios de comunicación en los EU, y han impuesto la austeridad como política económica a través de las agencias calificadoras. El hecho de que el nuevo presidente de Standard & Poors es un alto funcionario de Citigroup (Financial Times, 2011b) debe despejar cualquier duda que hubiera dejado la crisis sobre la estrecha relación entre los bancos y las agencias calificadoras. Pero al parecer, los mismos economistas que fueron sorprendidos con la irrupción de la crisis han llevado a los bancos y

a los varios organismos internacionales a su disposición a un error garrafal en materia política y económica. Estos economistas incompetentes que excluyeron cualquier pronóstico de crisis hasta que ésta irrumpió en el 2007, y que han subestimado la crisis en todo momento, nunca fueron relevados de sus posiciones de influencia dentro de bancos, gobiernos e IFIs. Ellos mantenían vigente una teoría económica completamente desacoplada de la realidad, y pronosticaron una recuperación rápida y contundente. A partir de ese pronóstico, el conjunto de sus empleadores usaron su gran capacidad de presión política para instrumentar planes de austeridad en los EU y Europa (entre otros lugares) de forma precipitada.

Entrando la segunda ronda de crisis severa, en la cual un abierto rescate público a los bancos se figura como un resultado cada vez más probable, los drásticos cambios en el discurso político pueden topar con sus límites de mercadotecnia pública. En pocos años, el público estadounidense ha atestiguado un discurso no tan consolidado a favor de la austeridad antes de la crisis, luego uno de rescate ilimitado a los bancos durante la primera caída abrupta, seguido por un discurso consolidado de austeridad después de la primera ronda de la crisis, para que en el futuro próximo se pida otro rescate ilimitado.

Es posible que los mayores bancos hayan conocido bien el estado altamente débil de las economías y finanzas de los países del centro. Los mayores bancos siempre quieren presentar optimismo hacia sus clientes y posibles clientes para aumentar sus negocios, mientras las profecías de los bancos, gobiernos e IFIs tienden a autocumplirse cuando son pesimistas. Sin embargo, la hipótesis de que hubo una equivocación verdadera de sus pronósticos parece más acertada. Al reclamar políticas de austeridad a la primera señal de recuperación posible de la Gran Crisis, muchas economías se han estancado o entrado en contracción, debilitando así las posiciones de los mayores bancos. En su afán de librarse de las pocas restricciones que llevaban el rescate público, y específicamente a poder otorgar “compensaciones ejecutivas” sin injerencia del gobierno, los bancos estadounidenses se apuraron para salir de los programas de rescates. Los reguladores del país ya han reconocido su error en dejarlos salir tan pronto (Financial Times, 2011c). El resultado neto es que a los bancos parece haberles salido el tiro por la culata: una segunda ronda de rescates públicos ilimitados parece cada vez menos políticamente viable, al mismo tiempo que las condiciones del mercado la hace cada vez más inevitable.

### 3. El legado de Keynes

El hecho de que los mismos bancos europeos y estadounidenses que fueron rescatados por el público estadounidense ahora regresen el favor en forma de austeridad pública y miseria privada del 99 por ciento de la población, y que todos los mayores partidos políticos lo hayan aprobado de forma absoluta, seguramente causará mayores trastornos sociales y políticos en los EU. En estas cuestiones, los economistas que más razón han tenido durante la crisis y que siguen siendo excluidos de debates nacionales tienen poco margen de acción política. No obstante, para los que son seguidores de Keynes, hay una tarea importante: asegurar que la situación actual no desacredita el pensamiento keynesiano, aun siendo sólo en el ámbito académico. Si los post keynesianos no hacen una diferenciación clara y enfática entre el buen y mal déficit público, estarán cayendo en la misma falsa dicotomía del gasto público. Al dar su apoyo irrestricto a cualquier tipo de gasto público deficitario y al no repudiar ciertos tipos de estos gastos, como el rescate a los bancos, se desacredita el sentido real del pensamiento de Keynes y se condenan sus lecciones al olvido, justamente en los momentos donde más tienen que revivir.

Como se ha mencionado, no sería la primera vez que el keynesianismo ha sido bastardizado. Como dice Davidson:

Un sabio una vez dijo que la definición de un “clásico” es un libro que todos citan pero que nadie lee. Los economistas del *mainstream* que se autodenominan “Keynesianos”, pero que atribuyen el desempleo a rigideces en salarios, precios o tasas de interés, deben pensar que La Teoría General es un clásico literario que pueden citar sin preocuparse de leer o entender la teoría monetaria de Keynes (Davidson, 2008)

Si bien muchos economistas se han equivocado en sus intentos de seguir los pasos de Keynes, muchos otros han torcido intencionalmente su pensamiento para producir políticas públicas que no solamente fracasaron, sino que también dañaron al legado intelectual de Keynes. James Galbraith destaca que fue Samuelson, el más reconocido economista “keynesiano” de los EU (tío de Larry Summers) quien llevó al keynesianismo a su primer derrota importante en los años setenta. Ahora como antes, tanto Samuelson como

Summers han torcido las ideas de Keynes, y han sido claves en la instrumentación de políticas públicas fallidas bajo la supuesta autoría intelectual de Keynes (Galbraith, 2011; Davidson, 2008).

Samuelson fue uno de los inventores de la curva de Phillips, la cual postulaba una relación entre empleo e inflación. Al plantear que el empleo causa la inflación, Samuelson dio un apoyo intelectual a las políticas públicas que por décadas han buscado reducir el empleo bajo el pretexto de controlar la inflación. Pero más relevante para los fines de este capítulo, es el hecho de que creó un concepto divorciado de las ideas de Keynes y la realidad económica. En la década de los setentas, la falsa idea de que el keynesianismo como política pública se reducía a controlar o la inflación o el desempleo, llegó a sus límites cuando el gobierno estadounidense perdía el control de ambos indicadores.

Treinta años después, Summers fue el principal actor detrás de un rescate bancario “keynesiano” de la administración de Obama. La proposición de que hay que controlar la inflación mediante el desempleo es profundamente anti-keynesiano. Para Keynes, el pleno empleo fue un objetivo principal de cualquier política pública, no un obstáculo. Otro objetivo principal de Keynes fue una distribución relativamente equitativa de ingresos y riqueza. Fortalecer a unos pocos bancos globales que han sido los principales agentes detrás de la concentración de la riqueza mundial es igualmente anti-keynesiano que la idea de que el pleno empleo puede ser nocivo a una economía. El rescate de los intereses financieros en México y en los EU bajo la conversión de deuda privada de unos pocos a deuda pública de todos, llevado a cabo en ambos lugares en gran parte por Summers, es diametralmente opuesto al pensamiento de Keynes:

Este estado de cosas sería perfectamente compatible con cierto grado de individualismo (Keynes, 2003: 375), significaría, sin embargo, la eutanasia del rentista y, en consecuencia, la del poder de opresión acumulativo del capitalista para explotar el valor de escasez del capital. Hoy el interés no recompensa de ningún sacrificio genuino como tampoco lo hace la renta de la tierra. El propietario de capital puede obtener interés porque aquél escasea, lo mismo que el dueño de la tierra puede percibir renta debido a que su provisión es limitada; pero mientras posiblemente

haya razones intrínsecas para la escasez de tierra, no las hay para la de capital. (Keynes, 2003: 352)

Si bien reconciliar tal posición con un rescate público a bancos fraudulentos es sumamente complicado, Alvin Hansen intentó escamotear este aspecto del pensamiento keynesiano al declarar que “ la discusión sobre la ‘eutenasia del rentista’ es una especie de rodeo que hace Keynes en sus momentos menos responsables” (Hansen, 1950: 143). Sin embargo, reducir o eliminar el valor de escasez del capital no solamente fue central en el pensamiento económico de Keynes, sino en su pensamiento moral también. En los años veinte, en medio de los repetidos errores de política monetaria europea que de forma no tan indirecta llevaron a la Segunda Guerra Mundial, Keynes escribió a su madre:

La abolición de los ricos sería algo de consuelo y ellos lo merecen en cualquier caso. Lo que me asusta a mí es la posibilidad del empobrecimiento general... Reflexiono con mucha satisfacción que por el hecho de que nuestros gobernantes son tan incompetentes como son locos y malvados, una época particular de un tipo particular de civilización se acerca a su fin (Skidelsky, 2003).

El desmoronamiento actual de relaciones financieras internacionales vigentes por décadas tiene similitudes obvias con la época en la cual Keynes escribió esta carta. Pero si este tipo de civilización está por acabarse, depende principalmente de la oposición pública que la enfrenta. Como supuestamente dijo Obama a los 13 principales banqueros que se reunieron con él al inicio de su presidencia, “soy la única cosa entre ustedes y las horcas” (Johnson y Kwak, 2010:3). Pero las horcas no se han materializado.

El pacto social implícitamente aceptado en los EU durante su periodo de desindustrialización fue arrasado en las estelas de la Gran Crisis. En años pasados, hubo aceptación pasiva de que la globalización fue inevitable y que los trabajos y salarios en declive podrían ser contrarrestados por importaciones más baratas y de relativamente buena calidad. Mayores costos en educación, salud, y vivienda fueron recompensados por crédito barato y accesible a casi toda la población. La característica independencia individual

norteamericana fue suplantada por el artificial individualismo colectivo impuesto por las televisoras. Con la interrupción de la crisis, el trabajador estadounidense promedio quedó altamente endeudado, pero sin fuentes de ingresos seguros. Gastos en salud, educación y vivienda han llegado a aniquilar millones de patrimonios en los últimos años.

Keynes tenía objetivos políticos. Quería un capitalismo relativamente equitativo y benigno; quería evitar los extremos políticos que producen violencia o son producto de ésta. Como plantea Skidelsky:

Si los gobiernos no toman medidas para estabilizar economías de mercado a nivel de pleno empleo, una gran parte de los beneficios indiscutibles de los mercados se perderían y los espacios políticos se abrirían a los extremistas, quienes podrían ofrecer soluciones al problema económico al abolir los mercados, paz y libertad (Skidelsky, 2010:xx).

Más que nunca, está claro que el núcleo de poder político y económico de los EU está concentrado en una oligarquía estrecha y consolidada entre las industrias militares, energéticas y financieras. Puede ser que estén podridos hasta sus cimientos, pero están muy atrincherados, y su único enemigo verdadero, el pueblo estadounidense, está demasiado individualizado para actuar de forma colectiva y efectiva. Además, durante las décadas de estabilidad económica relativa, el descuido colectivo de la población norteamericana ha permitido la eliminación de las bases tradicionales de movilización popular, como la universidad pública y los sindicatos. Lo difícil de la movilización social también se debe al hecho de que la tradicional lucha de clases entre trabajadores y capitalistas industriales ha sido reemplazada por una lucha entre los rentistas financieros y todos los demás. El objeto de repudio social ahora es menos indentificable que en otros momentos de la historia.

## **Conclusión**

De forma parecida, el gasto público deficitario ahora se está utilizando contra los amplios estratos de la sociedad que en momentos anteriores beneficiaba. Antes fue un mecanismo por el cual el gobierno servía a la sociedad; ahora es el mecanismo por el cual el gobierno se sirve de la sociedad. El rescate bancario es más profundamente anti-keynesiano que

cualquier otro elemento del gasto público deficitario. El rescate hace que el capitalismo sea profundamente ineficiente, con el centro del sistema capitalista dominado por instituciones que no cumplen su función social de reciclar ahorros en crédito y que siguen debilitando el sistema financiero de los EU, y por lo tanto, del planeta. Hace que el capitalismo sea profundamente inmoral, con la población estadounidense (y gran parte del mundo) transfiriendo cada vez mayores cantidades de su riqueza acumulada a los rentistas financieros, y sacrificando su futuro económico.

Si bien el mundo parece tambalearse hacia posiciones extremistas, al igual que sucedió durante los años veinte y treinta del siglo pasado, por los menos los seguidores de Keynes pueden rescatar su valioso legado intelectual al no permitir que el gasto público deficitario sirva para desacreditar el pensamiento keynesiano como hizo la curva de Phillips en los años setenta.

## **Bibliografía**

BLACK, W. K. (2010) “Lecciones regulatorias de la quiebra de Lehman Brothers”, *Ola Financiera*. Número 7. Universidad Nacional Autónoma de México, México, Septiembre-Diciembre, pp.1-40. En [www.olafinanciera.unam.mx](http://www.olafinanciera.unam.mx)

BLOOMBERG (2009) “U.S. Rescue May Reach \$23.7 Trillion, Barofsky Says”, 20 de julio.

CORREA, E. y A., GIRÓN (2011) “Public expenditure and deficits: the emerging countries”, *Financial circuits and crises*. En prensa

DAVIDSON, P. (2008) “Post World War II politics and Keynes's aborted revolutionary economic theory” en *Economía e Sociedad*. vol.17 (número especial) Dic. Campinas.

Fiscal Times (2011) “TARP’s \$24 Billion Profit: Some Demand a Recount”, 1 de abril.

Financial Times (2011a) “JPMorgan chief says bank rules ‘anti-US’ “. 12 de septiembre.

\_\_\_\_\_ (2011b) “New S&P chief to draw on Japan experience”. 24 de agosto.

\_\_\_\_\_ (2011c) “Lenders left Tarp too soon, says audit”. 30 de septiembre.

FULWILER, S. y R., WRAY (2010) “It’s time to rein in the Fed”, *Public Policy Brief*. No. 117. Levy Economics Institute.

GALBRAITH, J. (2011) “The economic crises of the US in perspective of The General Theory”, *5th Post-Keynesian Conference*, Roskilde University. 13 de mayo.

HANSEN, A. (1950) *Guía de Keynes*. Fondo de Cultura Económica, México.

JOHNSON, S. and J., KWAK (2010) *13 Bankers: the Wall Street Takeover and the Next Financial Meltdown*. Pantheon Books.

KEYNES, J. M. (2003) *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*. Fondo de Cultura Económica, México.

LEADBEADER, D. (2009) “Financialization, the division of unproductive labour and impoverishment”, *Financialization and the future of capitalism*. Toronto, Canadá. 18-19 de septiembre.

LEWIS, M. (2010) *The Big Short: inside the doomsday machine*. Nueva York. W.W. Norton and Company.

MARSHALL, W. (2009) “Rescatando Amigos: Lecciones del Rescate Bancario Mexicano para los Estados Unidos”, *Economía Informa*. Enero – Febrero. Número 356. México.

MARX, K. (1850) “The Class Struggles in France, 1848 to 1850. Part I: The Defeat of June, 1848”, en <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1850/class-struggles-france/ch01.htm>

New York Times (2011) “A U.S.-Backed Geothermal Plant in Nevada Struggles”, 2 de octubre.

PARGUEZ, A. (2011) “Yes We Cannot: The dark deal of the European elites : the choice of accelerating poverty. Beyond any economic logic, the economics of self destruction”, *5th Post-Keynesian Conference*, Roskilde University. 13 de mayo.

\_\_\_\_\_ (2010) “La crisis financiera mundial de 2008: ¿cual sería el distinto Nuevo Trato[New Deal] que permirtira reconstruir un orden estable?” en CORREA, E.; A., Guillén; y G., Vidal (coordinadores) *Capitalismo ¿Recuperación? ¿Descomposición?*. Miguel Ángel Porrúa. México

SERFATI, C. (2011) “Paquetes de rescate con fondos públicos: políticas keynesianas o apoyo persistente al capital financiero” en CORREA, E.; A., GIRÓN; A., GUILLÉN y A., IVANOVA (coords) *Tres crisis: economía, finanzas y medio ambiente*. UABCS, UAM-I, Miguel Angel Porrúa, pp 213-230. México

SKIDELSKY, R. (2010) *Keynes: the return of the master*. Public Affairs. Nueva York.

\_\_\_\_\_ (2003) “Keynes and the crisis of liberalism”, *Conference for the 120<sup>th</sup> Birthday of Lord Keynes*. Budapest University of Economic Sciences and Public Administration. Marzo 7.